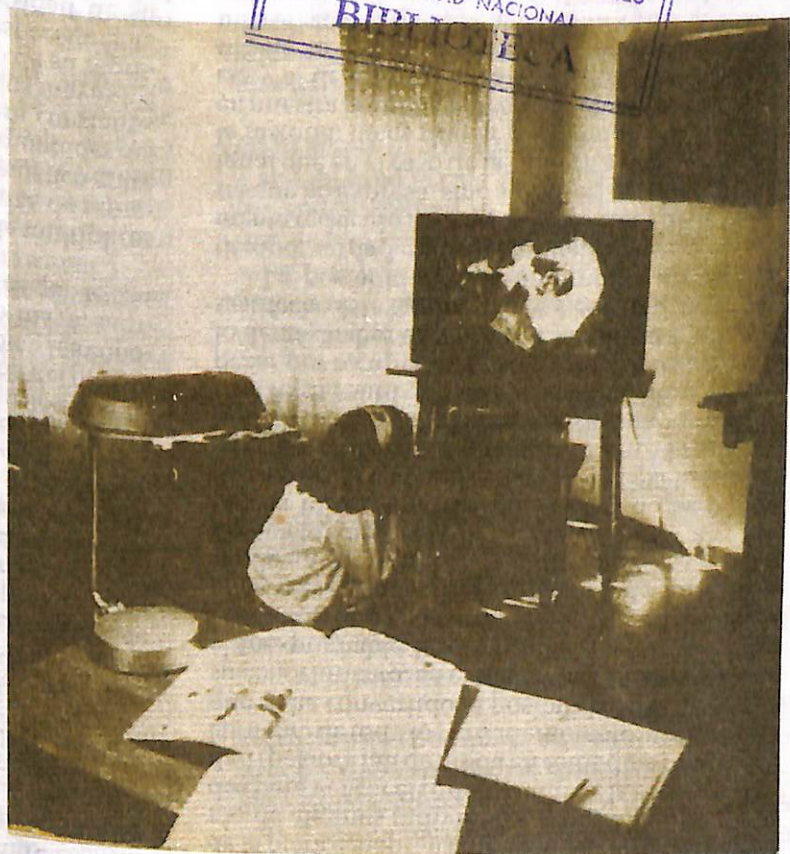


CENTRO ESTUDIOS GENERALES  
UNIVERSIDAD NACIONAL  
BIBLIOTECA



# TOPICOS DEL HUMANISMO

Junio de 1998

Nº 35



# CRONISTAS DE INDIAS DE AYER Y DE HOY

Juan Durán Luzio

A propósito del libro de Ana C. Sánchez Molina, *Alejo Carpentier: cronista mayor de las Indias de la época contemporánea* (Heredia: Editorial de la Universidad Nacional, 1997).

El libro que nos ofrece Ana Sánchez Molina invita desde su título a un comentario acerca de los cronistas de Indias, y claro, en especial, acerca de los Cronistas Mayores de Indias, porque tal fue un cargo creado por la Corona de España y otorgado al historiador que ella estimaba debía ser la voz o la pluma oficial del reino.

Pero es preciso ir por partes: no hay que olvidar que el descubrimiento y la conquista de América son dos hechos considerados como trascendentes ya en el momento mismo en que ocurrían; y ambos van acompañados, además, por el nacimiento -apenas unas décadas antes- de una máquina que estaba llamada a cambiar el rumbo de la humanidad, la imprenta. En efecto, cuando Colón pone sus plantas en la isla de Guanahani durante la madrugada del 12 de octubre de 1492, el primer libro impreso, una Biblia en dos tomos, tiene apenas 36 años de haber sido confeccionada en los talleres fundacionales de Johannes Gutenberg. Desde aquel año de 1456 las imprentas y los libros comienzan a multiplicarse y, por ello, a variar radicalmente el sentido que se tenía del pasado, de lo memorable, y en general, de lo hecho por el hombre.

Por su parte, y asiduo lector él mismo, Cristóbal Colón no ocultaba sus aspiraciones literarias y durante el primer viaje se había entregado a la entonces muy inusual tarea de redactar un diario de navegación y luego cartas a los grandes de la Corte para anunciar y para oficializar su enorme logro. Sin duda anhelaba que aquella máquina maravillosa inventada por Gutenberg, de la que se hablaba por toda Europa, fuese capaz de dejar recuerdos indelebles de un hombre llano y modesto como él, de pronto elegido por la Providencia para realizar tan portentosos hechos.

Desde entonces toda la empresa española de Indias se desarrolla con la espada y con la pluma; el acto de escribir comienza a conceder un grado de fama y prestigio no menor al de los hechos guerreros; es la página escrita el sello que registra y avala la posesión y los desplazamientos de los europeos por los ricos territorios hallados, en los cuales, sin embargo, la escritura signica era desconocida. La de descubridores y conquistadores era, por lo tanto, la única versión para la posteridad. Y cuando la sorprendente realidad de un Nuevo Mundo gana vigencia e incita el interés de toda Europa, la Corona de España se encarga de legislar acerca del modo en que esa realidad debía ser relatada. Así, ya en 1523 hay una disposición que manda a «personas doctas [...] recopilar las crónicas viejas y antiguas de estos reinos porque no se olvide la memoria de los grandes hechos de sus altos predecesores y de sus súbditos». Poco después, en octubre de 1532, se expide una real orden notificando a todas las partes para que provean información a Gonzalo Fernández de Oviedo con el fin de que éste concluya apropiadamente la primera historia del Nuevo Mundo. Y el 9 de marzo de 1554 el Consejo de las Indias autorizó a Luis Colón a imprimir el diario de su padre «porque no se olvidase tan loable principio de tan notable suceso que fue el descubrimiento de las Indias del mar océano».

Si bien el cronista real existe en las cortes del Viejo Mundo desde la Alta Edad Media, las líneas citadas son muestras claras de la importancia que la Corona daba a los productos que podían salir de las plumas de sus súbditos y, sobre todo, de los talleres de los impresores. Y era en especial cuidadosa cuando se trataba de escritos relativos a las Indias, porque hubo desde un inicio puntos de



vista tan encontrados, que habían transformado el descubrimiento en un debate; sobre todo entre soldados conquistadores que tomaban la pluma y los sacerdotes evangelizadores que optaron por las denuncias escritas en formas de cartas, memoriales y hasta de historias completas dirigidas al rey denunciando aquello que consideraron como un desacato a los principios cristianos, ejercido entre los pobladores naturales de estas tierras. Así las cosas, en 1566, cuando ya había imprenta en México, «se ordenó a las autoridades del Nuevo Mundo que no se permitiese ni la impresión ni la venta de obras relativas a las Indias sin autorización expresa del rey».

De todos modos, doce historias generales de las Indias se imprimieron desde 1526, cuando Fernández de Oviedo publicó su primer *Sumario* hasta 1571, año en que Felipe II creó el cargo de Cosmógrafo Cronista Mayor, lo que hoy equivaldría a decir un historiador oficial. Según rezaba el nombramiento real, éste debía «escribir con la mayor precisión y verdad que se pueda». El primero en ocupar esa posición, muy bien remunerado por el rey, fue Juan López de Velasco, quien se dedicó a la labor de compilación y ordenamiento de los muchos papeles que ya había sobre América en los archivos reales; le correspondió redactar un reglamento titulado «Instrucción y memoria de las relaciones que se han de hacer, para la descripción de las Indias», y hacia 1574 había concluido su *Geografía y descripción universal de las Indias*, aunque esta quedó inédita hasta el siglo pasado. En 1597 le sucedió en el cargo Antonio de Herrera y Tordecillas, y este fue el autor de la extensa *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme de la mar Océano*, publicada en Madrid entre 1601 y 1615. Herrera era solo Cronista Mayor de Indias; las labores de cosmógrafo fueron trasladadas a un matemático, y a Herrera se le había asignado un cuerpo de secretarios además de honores y excelentes retribuciones. Era el suyo un cargo de sensible importancia política: España necesitaba mejorar su imagen -si se me permite la expresión de moda- ante los ataques que recibía de otras naciones europeas por lo actuado por sus capitanes y comandadores y, en general, por las armas españolas entre los naturales americanos. Los jóvenes anglicanos de Inglaterra, los beligerantes luteranos de Alemania, la secta creciente de los Hugonotes en Francia censuraban acremente los actuados por los católicos españoles al otro lado del mar; las guerras de religión que a fines del mil quinientos incendiaban a Europa, tocaban a América, y la tocaban en cuanto asunto de escritura. No es raro, pues, que el trabajo de Herrera, que abarca desde Colón hasta fines del reinado de Carlos V, en 1556, sea considerado como excesivamente patriótico e interesado en acabar con la mentada Leyenda Negra acerca de la conquista.

Tal era, a grandes rasgos, el sentido que tomaba el cargo de historiador oficial que duró, para asuntos de América, hasta vísperas de la emancipación de las colonias. Después de la Independencia cada nación hispanoamericana fue criando sus propios historiadores, nacidos, por lo general, en el seno de las grandes familias de cada aristocracia local; no debe sorprender, por lo tanto, que esa historia generada desde esas plumas patricias del siglo pasado sea también, de algún modo diverso pero semejante, una historia oficial, presentando un panorama del progreso de las naciones hispanoamericanas como una enorme gestión que se debía al esfuerzo de sus propias grandes familias, semilleros de historiadores, claro, pero también de generales y de presidentes de la república. En síntesis, así se fue haciendo y redactando la crónica de varios de los países que habían sido colonias de España.

Fue a los literatos, a los novelistas, a los narradores a quienes interesó la creación de una versión alternativa, contra aquella crónica aristocrática y heroica; y la ficción se prestaba no sólo para ofrecer una visión diversa del pasado sino también para animarlo, para darle el romance, el humor, la picardía o la cobardía y hasta la bajeza que siempre ha existido entre los seres humanos. Esta tarea de recuento se inició tímidamente entre algunos escritores del siglo pasado que habían leído a Walter Scott y aprendían allí ese oficio; madurado el proceso, ha sido entre nosotros Alejo Carpentier quien llevó esta opción a una cima luminosa y brillante, autorizando para siempre con sus obras esa manera de focalizar el pasado con la libertad creadora de la imaginación: él había dicho «No veo más camino para el novelista nuestro, en este umbral del siglo XXI, que aceptar la muy honrosa condición de cronista mayor, Cronista Mayor de Indias, de nuestro mundo sometido a trascendentes mutaciones, cuyos signos anunciadores aparecen ya en muchos lugares del mapa».

El libro de Ana Cecilia Sánchez asedia estas facetas del pensar y del hacer del gran artista cubano, sus raíces más profundas. Y agrega la autora, genuinamente cautivada por la magia de este Cronista Contemporáneo: «Quizá la idea carpenteriana de convertir al escritor en cronista, y la novela en crónica, obedezca a la indiscutible categoría de documento y de archivo, de aparente prueba fehaciente, que la historia tradicional le dio a las crónicas de Indias y que la historiografía literaria latinoamericana asumió al situarla como origen de la novela moderna». (176)

No estoy tan convencido que la crónica antigua sea el origen de la novela moderna, pero la idea es sugerente y ha sido tema de ricos debates abiertos gracias a la luz que lanzó la obra de Alejo Carpentier sobre el pasado americano. Otra prevención necesaria, y nada discutible: el énfasis puesto en el uso de un lenguaje técnico, de apariencia más objetiva, crea repeticiones, oscuridad expresiva y hasta es posible que aburra al lector; es decir, se autoanula como mensaje, y demerita la labor de estudio realizada por el crítico. El crítico, en lo posible, debería escribir como los modelos cuya obra admira y valora, o al menos debería encontrar allí su escuela.

A manera de cierre el símil siguiente es tentador: si los Cronistas Mayores de Indias fueron antes nominados por voluntad del monarca de un imperio que abarcaba muchas colonias, Alejo Carpentier ha sido nombrado Cronista de estas Indias del presente continental por un nuevo lector americano, deseoso de conocer lo ocurrido desde otras perspectivas que no fuesen la oficial del régimen de turno o la desaliñada versión de los manuales en uso corriente; es decir ha sido instalado en el cargo por el valor inusual de su obra, hecha con una palabra capaz de crear una contra-historia, y así y todo, contra-historia no menos verosímil, rica y creativa sobre el pasado de Latinoamérica.

# LA TELEVISION EN RELACION CON «DESDE EL JARDIN» DE JERZY KOSINSKI

Ms. Míriam Jiménez C.

En Costa Rica antes de los años 60, los principales agentes de socialización eran la familia y la escuela. La familia era el centro en que el niño se desarrollaba de 0 a 6 años, era un constante ir y venir de comunicaciones familiares con sus progenitores y hermanos, de esta manera, ahí empezaban a establecerse los primeros lazos precederos donde se fundamentaba una identidad sólida y duradera.

Cumplidos los 6 años, su círculo se ampliaba, en el sentido de que ingresaba a una educación formal, como era la primaria. Ahí establecía nuevas amistades y emprendía un rumbo hacia el conocimiento y valores educativos, que serían la base para ser el buen ciudadano del futuro.

Todo este conocimiento lo aprendía, al mismo tiempo que compartía tardes soleadas y lluviosas en contacto directo con la naturaleza y sus amigos.

Pero, con la llegada a nuestro país de la televisión, como medio de difusión de masas, la situación cambió, y ya los agentes antes mencionados «Familia y Escuela» fueron lentamente sustituidos por la pantalla chica; las calles empezaron a estar vacías para juegos y fueron las salas y los cuartos de nuestras casas quienes ocuparon su lugar.

La columna vertebral de la televisión está impregnada de antivalores, tales como el miedo, la violencia, la pornografía, el exaltar valores foráneos, el consumo, la idealización de formas de vida como de Hollywood, de ricos, etc.

Tales antivalores se transmiten a través de mensajes, imágenes y sonidos que estimulan pensamientos negativos, emociones negativas y sentimientos negativos, en fin, todo negativo.

En condiciones como estas el receptor frente a una pantalla de televisión es afectado psíquica y físicamente, ya que altera su sistema nervioso, su circulación sanguínea, sus músculos y sus tejidos, provocando de esta manera que el individuo se convierta en un hombre masa, en el sentido de que se olvida de sí mismo, pierde su conciencia, su capacidad reflexiva, y su discernimiento, tal y como le ocurrió al protagonista de «Desde el Jardín». Esto es lo que piensa el narrador omnisciente, de Chance «Cambiando de canal, Chance podía modificarse a sí mismo. Al igual que las plantas del jardín, pasaba por distintas fases, sólo que, a diferencia de ellas, podía cambiar tantas veces como lo deseara con sólo dar vueltas al dial» (Kosinski, 1971: 14).

El auditorio que recibe los mensajes televisivos es heterogéneo, ya que se dirige a un conglomerado de individuos que ocupan distintas posiciones dentro de la sociedad, personas de ambos sexos, diferentes edades y niveles de educación, ubicación geográfica, etc. De esta manera, podríamos ubicar aquí a ricos y pobres, profesionales y analfabetos, padres e hijos, trabajadores y desempleados, cultos e incultos, honrados y delincuentes, niños y adultos, etc.

De esta manera, la televisión homogeneiza, uniforme y socializa a todos los individuos de un territorio, a través de los mismos valores de consumo, de expectativas de realización personal basados en el tener y no en el ser (valgo por lo que tengo y no por lo que soy), idealiza figuras, actitudes, comportamientos, visiones de mundo, emociones, sentimientos, subjetividades, ideas que se internalizan en los sujetos, etc.

Entrando en materia del tema que nos ocupa en, la novela «Desde el Jardín», tenemos a un Chance que podría ser cualquier individuo de nuestra sociedad, pues el hombre homogeneizado no puede ser libre, es solitario, individualista, mecánico (piensa, siente, actúa,

hace lo mismo día a día), sin iniciativa, pasivo, sólo recibe órdenes, copia patrones, no es crítico.

Por esto nos encontramos frente a un Chance ensimismado, no consciente ni de sí mismo ni del medio, no reflexivo, que se deja llevar por lo que le dicen, porque actúa de acuerdo con los patrones que le da la televisión.

El mundo interno de Chance, cuando vivía en la casa del anciano, era un mundo identificado con la naturaleza, una vida llena de paz y tranquilidad.

Chance representa la esencia espiritual, la inocencia que cada ser humano tuvo una vez al inicio del mundo cuando Dios creó a Adam. «Era domingo, Chance estaba en el jardín». Se movía con lentitud, arrastrando la manguera verde de uno a otro sendero mientras observaba atentamente el fluir del agua. Delicadamente, fue regando cada planta, cada flor, cada rama del jardín. Las plantas eran como las personas, tenían necesidad de cuidados para vivir, para sobreponerse a las enfermedades y para morir en paz (Kosinski, 1971:11).

Chance en su jardín, recibe la visita de dos mensajeros que vienen del mundo exterior, con el fin de informarle que debe salir de su mundo, y en efecto ocurre. De aquí en adelante Chance adoptará una nueva personalidad «Chanuncey Gardiner», «Yo soy Chance tartamudeó, por no parecerle esto suficiente, añadió—: el jardinero Chauncey Gardiner repitió la señora. Chance se dio cuenta de que le había cambiado el nombre. Dio por sentado, que, al igual que en la televisión en adelante debía usar su nuevo nombre». (Kosinski, 1971:44).

Entonces, Chance se enfrenta a un nuevo mundo, pero tanto el mundo interno (el jardín) como el mundo externo (la calle) son similares, en el sentido que desde que vivía en el jardín ya había sido programado, lacerado ideológicamente y en consecuencia su actuación fuera del jardín es muy similar, con la diferencia de que ahora actúa como protagonista.

Al igual que en nuestro medio, en «Desde el Jardín» los políticos se caracterizan por carecer de una cultura política y filosófica profunda, se dejan llevar por la apariencia. «Pues era evidente, que se trataba de un hombre de fortuna. Sus trajes hechos a su medida eran de telas excelentes, las camisas de las más delicadas sedas, estaban hechas a mano, lo mismo que sus zapatos, de cuero finísimo. Su maleta estaba casi nueva, si bien la forma y los cerrojos eran de diseño antiguo» (Kosinski, 1971: 96,7). Este comentario que fue dicho por Elizabeth Eve, la hace pensar, que un individuo con esta ropa, sólo puede respaldarlo una oficina o un banco que estuviera encargada de sus asuntos personales.

Creían que Chance tenía que ser alguien importante porque su presentación personal y personalidad, se parecía mucho a los individuos triunfadores que aparecían en la pantalla chica, para ellos el hablar bien era sinónimo de conocimiento, inteligencia y criterio. «El Sr. Vladimir Skrapinov, Embajador de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas conoce a Gardiner en una recepción en las Naciones Unidas y sostenía que «era un hombre sagaz, de gran cultura. Hizo hincapié en el conocimiento del ruso y de la literatura rusa de Gardiner y expresó que veía en él al «portavoz de determinados círculos financieros norteamericanos». (Kosinski, 1971: 128)

Aquí encontramos la gran diferencia entre el político griego de la antigüedad, y el político moderno, que manipula, ideologiza y quiere poder, mientras que los griegos se vinculaban con el proceso de construir, de hacer el bien común.

Los medios de comunicación en «Desde el Jardín», juegan un papel preponderante, se

caracterizan por publicar y divulgar todo lo que ven y oyen, con incapacidad de análisis, se dejan llevar por lo que se dice, el que sabe es el político. «Por la mañana, la señora Aubrey llamó a Chance por teléfono. —Señor, acabo de ver los periódicos matutinos. Usted aparece en todas y las fotografías son estupendas. En una está usted con el Embajador Skrapinov... en otra con el Secretario General... también aparece con .... un conde alemán no sé cuánto. El Daily News trae una fotografía a toda página de usted y la señora Rand. Hasta el Village Voice... También las revistas Fortune, News Week, Life, Look, Vogue, House of Garden quieren publicar artículos sobre usted. Llamó el Irish Times, así como el Spectator, el Sunday Telegraph y The Guardian solicitan una conferencia de prensa» (Kosinski, 1971: 153, 4).

Chance, los políticos y los medios de comunicación comparten entre sí un mismo código, ¿por qué? Están homogeneizados por la televisión, esto implica que tengan gustos similares, valores similares y visiones de mundo parecidas. Lo mismo puede decirse sobre las expectativas de realización personal a través del «tener» y no del «ser». Esto redundará en seres mecánicos y programados.

Estas características pueden aplicarse también al individuo de nuestra sociedad, que vive inmerso en un mundo de ilusiones siguiendo las pautas que le brinda la televisión. Es «el hombre del futuro, programado por una infinidad de secuencias filmicas», según (Buñuel Coment. Desde el Jardín, 1971).

Entendemos de esta manera, por qué el mensaje de Chance tiene receptividad en el mundo político y televisivo, es que todos han sido moldeados por la televisión, encontrándose entre ellos una coincidencia subjetiva en pensamiento, ideas, valores, visión de mundo, imaginarios social y colectivo, etc.

El jardín representa un lugar que le ofrece a Chance tres cosas: paz, libertad y seguridad. (Jung, 1974:4) ha dicho que el jardín, este espacio que connota un lugar simbólico, siempre en toda sociedad, corresponde a la idea del arquetipo del paraíso.

Para (Marín, 1990: 33) «el jardín corresponde a nuestro inconsciente, aquella parte de nuestra mente tomada en posesión por el desarrollo tecnológico de nuestros días. En la novela encontramos un conflicto entre el individuo y los medios de información de nuestra sociedad. Esta fuerza invisible que genera estos medios domina al individuo, y ha sido capaz de crear un control absoluto de la inconsciencia del hombre, como le sucedió a Chance».

(Buñuel, coment. Desde el Jardín, 1971) acota que hay «toda una generación formada por los programas de televisión, esto hace de este libro un verdadero documento sobre lo que podría ser el hombre de mañana. Su lectura contribuye a una mejor comprensión de esta sociedad en la que vivimos».

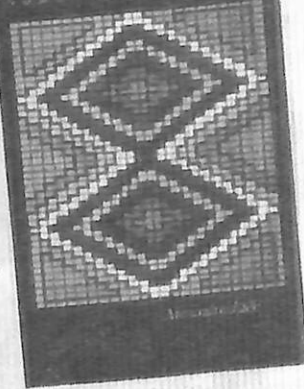
## BIBLIOGRAFIA

- Jung, Carl G. «Approaching the Unconscious», Man and His Symbols. Dell Publishing Co. Inc. 18 th. editions New York, USA. 1979.
- Kosinski, Jerzy. «Desde el Jardín». Editorial Pomaire. Barcelona, España, 1971.
- Marín, Edwin. «Los elementos simbólicos de la novela Desde el Jardín de Jerzy Kosinski». En: Rev. Comunicación Vol. 5, No. 1, Año 10. Julio 1990. Instituto Tecnológico de Costa Rica. San José, Costa Rica. 1990.

# EN BUSCA DE UN PASADO COMUN: LOS SABERES MATEMATICOS DEL MUNDO MAYA

Rogelio Cedeño Castro  
Escuela de Sociología, UNA

LAS PIRAMIDES



Transportarnos en el espacio y el tiempo como un mero ejercicio de la imaginación constituye la más significativa, pero en ningún caso, la única aportación que Alejandro Jaén nos hace, a través de las páginas de su libro que ha, sugestivamente, subtitulado bajo la denominación de NUMEROS DE PIEDRA, con lo que nos lleva, de entrada, a pensar en el número como una entidad concreta y viva, exteriorizada en un determinado material o en algún elemento simbólico y no simplemente en el signo que surge de una elucubración abstracta, al parecer abstracta, al parecer alejada de los afanes cotidianos de los seres vivientes, con la que nos hemos acostumbrado a asociar la noción de número en esta civilización mecanizada, verdadero feudo de los tecnócratas.

Si bien, tanto en el mundo maya como en el de otras culturas, que tuvieron su hogar en los altiplanos de lo que hoy son las naciones-estado de México y Guatemala, al igual que el caso de los bribri y otras etnias que continúan habitando un poco más al sur y dentro del ahora estado-nación llamado Costa Rica, el tiempo y el espacio no son entidades que puedan concebirse separadamente (ver al respecto la página 97 del libro, cuando se indica «Entre los indígenas bribri el tiempo y el espacio se expresan con la misma palabra: Kö» y añade, a continuación que: «los mayas y los aztecas manejaran el mismo concepto»). Si nos permitimos hablar de ellas como entidades separadas es con el afán de contrastar las percepciones características de nuestras culturas urbanas, de reciente formación con las de quienes vienen habitando estas tierras, desde hace varios miles de años y al mismo tiempo, buscando afinar la empatía y hacernos parte de sus vivencias y percepciones. Es decir que no hacemos el viaje a través del tiempo, como sugirió casi un siglo atrás Herberth Wells, en su corta novela a la que llamó LA MAQUINA DEL TIEMPO, sino al espacio-tiempo que nos permite, de manera precisa, si ese es nuestro deseo, intentar escenificar el mundo concreto en donde la intelectualidad del mundo maya percibió, pensó, articuló, desarticuló y luego representó su rico entorno partiendo de consideraciones, a las que podríamos dar indistintamente la denominación de míticas o místicas como, asimismo de matemáticas o astronómicas (para traducirlas al lenguaje de nuestros días) fusionadas en un todo con los elementos más importantes de la cotidianidad y la organización de la vida social, proyección esta última de la primera, dentro de los espacios tiempo en que se expresa la persistencia de una cultura.

La forma que asume la particular búsqueda de la curación de las enfermedades dentro de esas culturas, en la que éstas en ningún caso tienen la misma acepción que asumen en las sociedades contemporáneas, sino que están relacionadas, en alto grado, con el quebrantamiento de ciertas prohibiciones, las cuales han sido establecidas por las relaciones siempre mutuamente implicadas entre el hombre (ser social) y la naturaleza figuran entre las inquietudes del autor, expresadas en este trabajo y otro, publicado, anteriormente, relativo de la elaboración y preservación del conocimiento dentro de la etnia bribri. La curación practicada con el uso de algunos cantos en una lengua sagrada y el uso subsidiario de plantas, por parte de los awas, en el mundo bribri, podría resultar tan irracional e incomprensible para quienes han sido formados dentro de las formas perceptuales características de la cosmovisión judeocristiana occidental, como también la de la existencia de un saber matemático articulado al pensamiento religioso y a los requerimientos de la cotidianidad como ejes de la vida

social, también a sí mismo a las determinaciones astronómicas y, a partir de ellas a una particular persistencia en la medición del tiempo que alcanza, dentro de esta elaborada concepción matemática una expresión espacial precisa, tanto para los eventos de corta o larga duración entre las diferentes etnias mayas o entre los bribri y cabécares, de tradición sudamericana.

El reconocimiento, con señalamientos específicos, de la existencia de estrechos vínculos entre el mundo maya, ubicado en un espacio-tiempo, al que podríamos definir como situado en el corazón de las llamadas culturas mesoamericanas y del universo, un tanto más sureño desde el punto de vista de su ubicación espacial, de los pueblos bribri y cabécares, entre otras etnias que alcanzaron a recibir las influencias del área chibcha, es otro de los aportes singulares de este libro que contiene referencias incesantes a esta vinculación, atribuyéndola a la existencia de tempranos intercambios culturales en la historia de esta región. De esta forma los mitos, en los que se expresa el conocimiento y la sabiduría del pueblo bribri se vinculan con la cosmovisión y los conocimientos matemáticos del mundo maya, aunque evidenciando las especificidades que le son propias.

La identificación de las tablas de multiplicar y las preocupaciones sobre las formas de representar y salvaguardar el saber matemático entre los mayas están en el centro de las inquietudes del autor quien se interroga, de manera constante, acerca de cómo resolvieron los sabios mayas los problemas que conllevan el cálculo de su representación de grandes magnitudes, especialmente de carácter astronómico y la necesidad de su representación gráfica, en tanto elementos de carácter social, que garantizaran su preservación y transmisión a las nuevas generaciones, como también para alcanzar nuevos estadios en su desenvolvimiento.

La estrecha relación entre los ciclos vitales,

que ligan al tiempo atmosférico con el de siembra y de cosechar como expresiones constantes de la renovación de la vida, viene a ser un elemento común en el desenvolvimiento cultural de casi todos los pueblos que han poblado la tierra. En el caso que nos ocupa, sin embargo, lo admirable está en la capacidad para establecer vinculaciones entre estos ciclos, a los que se liga una rigurosa observación astronómica y determinaciones matemáticas precisas que nos invitan a reflexionar cuidadosamente. La idea de la pirámide como representación gráfica y ligada a importantes grados de precisión en la medición del tiempo, parece anteceder a su edificación, acción esta última que se convierte en expresión viviente de ese saber matemático que la precedió.

Alejandro Jaén nos muestra así, en sus elaboradas representaciones gráficas, las distintas expresiones que asume el conocimiento matemático alcanzado por los mayas. Tal es el caso de la composición de un rombo piramidal conformado por 364 espacios que representan un año, como un saber que se liga también a la cosmovisión de los bribri, basada en la idea esencial que plantea la existencia de un inframundo coexistente con el que nos hacen conocer nuestros sentidos y que, para el caso de la pirámide de los mayas en mención, estaría representado por los 13 niveles o escalones orientados hacia abajo, los cuales junto con los 13 que se orientan hacia arriba conforman el ya mencionado rombo piramidal. La vinculación del tiempo con el espacio, nos dice el autor, hace que se produzca lo que califica como un fenómeno extraordinario como es el hecho de que, lo que inicialmente se asume en calidad de leyendas o mitos se transforma en

gráficos y representaciones, con múltiples implicaciones de orden matemático.

Acostumbrados a ver el universo de las matemáticas como el reino de la mera e inaprensible abstracción y del dominio de algunos individuos, especialmente dotados para vencer el rudo mundo de la competitividad (palabra tan de moda en estos días de aniquilamiento de todo lo verdaderamente humano) en que se ha convertido la posibilidad de acceder a su conocimiento, en el mejor de los casos o como el inexpugnable foso en donde se estrellan los esfuerzos de la mayoría de los estudiantes de nuestro siglo (más en su condición de cumplidores de un rito social, devenidos en meros objetos de sujetos amantes del conocimiento, al que quizás nunca tendrán en verdad acceso) que, previamente culpabilizados se ven excluidos de su reino, en el peor de ellos, nos lleva a la disyuntiva de que no sabríamos qué responder ante la sugerencia sutil que nos ofrece este libro de empezar por recuperar el placer por aprender, pues lo demás habrá de venir por añadidura, una vez satisfecho este humanizante y esencial requisito.

La posibilidad de asomarnos a un espacio tiempo, verdaderamente universal y no grotescamente reducido a un caprichoso final de la historia que no expresa, sino su miseria y estrechez, al igual que en el caso de las anteriores filosofías de la historia; no es sino la posibilidad, tan negada en nuestra estrecha percepción dualista del espacio y el tiempo, en la cual la percepción de este último se reduce al tiempo cronometrado de la microfísica, al que se encuentran confinados los nuevos esclavos de una civilización industrial, portadora de la no menos destructiva noción del progreso continuo y motor del desarrollo de que tanto hablan los tecnócratas de turno, en las cadenas televisadas, aparentemente menos pesadas que las de metal pero que son, en última instancia, el símbolo más visible de la opresión. Es decir que a esta posibilidad podríamos considerarla como una invitación a un ejercicio de la libertad al recuperar, más allá del tiempo puramente cronometrado, la existencia de lo cualitativo dentro de éste y que es propia de las percepciones colectivas de los múltiples tiempos y espacios culturales que pueblos como los de raíz maya u otros, vistos en su raigambre individual, como la de los bribri presentadas en este libro por Alejandro Jaén, desde su singularidad, nos ofrecen, desde un lejano tiempo espacio y desde el tiempo-espacio de su presencia viva en los territorios del centro de este continente, la que continúa siendo un cálido mensaje lleno de esperanza y fe en la construcción de una vida mejor para todos los seres humanos.

Hay en esta obra el inicio, en nuestro criterio, de una de más largo aliento que se expresa como la invitación a encontrarnos con la otredad que también es parte de nosotros, a encararnos con la necesidad de la búsqueda del universal, sin negar las particularidades que son las únicas que le otorgan el rango de verosimilitud. Es la invitación a que poniendo freno a la intolerancia, al racismo y al etnocentrismo cultural se reconozca el lugar de aquellos pueblos, durante mucho tiempo invisibilizados y cuya presencia en estas tierras, muchos miles de años antes de la venida de los europeos y del mestizaje dominante en los actuales estados-nación, no podrá jamás volver a ser negada y entre ellos se vuelve indispensable, el conocimiento y reconocimiento del legado de sus antepasados que, por su medio, también son los nuestros y que se expresó en una compleja organización social, un importante trozo de cuya memoria, desde su particular saber matemático, llega a nosotros y que, desde el ancestral rechazo al también nefasto dualismo hombre-naturaleza nos enseña a rechazar un mundo que se encamina hacia su propia destrucción.

¿Será por eso que los dioses hablaban con los hombres a través de las matemáticas? Mas no como un saber encerrado en sí mismo, si no ligado al vasto universo de la observación astronómica y de la armoniosa relación con el entorno en la vivencia de lo cotidiano. Es por eso que los invito a realizar una lectura que no se puede ser substituida por la mía: es decir, la suya propia que es la más importante.

## TOPICOS DEL HUMANISMO

Universidad Nacional  
Centro de Estudios Generales  
Apartado 86-3000  
Costa Rica, América Latina  
Teléfono 277-3307

### MIEMBROS DE LA COMISION EDITORIAL:

*Lic. Gerardo César Hurtado Ortiz,  
editor*

*Dra. Zaida Fonseca Herrera  
M.A. Ana Cecilia Sánchez Molina  
Prof. Alfonso Chase Brenes*

### MECANOGRAFIA:

*Sra. Olga Martha Rojas Bolaños*



UNA  25

REALIDAD DE EXCELENCIA

Impreso en  
el Programa de Publicaciones e  
Impresiones de la  
Universidad Nacional

# PRESENTACION

**E**ncontrará el lector un nuevo tema que propicia el enriquecimiento sobre los saberes de las culturas precolombinas en una interesante reseña que los trae el mundo de la matemática y el pensamiento inusitado y a la vez maravilloso. Es su audacia y permanencia lo que toca descubrir para el humanismo que todavía su vigencia y misterio alcanza al hombre contemporáneo.

En otro sentido, hay un estudio sobre la televisión a través de la obra de Kosinsky, que en la literatura nos da los efectos de los medios de comunicación de masas en un caso singular de los aprendizajes y el estudio del hombre inmerso en las sociedades actuales que transigen o transpone los símbolos o instancias psíquicas que secundan la violencia o el malestar en la cultura, como lo viera Freud en su momento; este análisis es una premonición sobre lo que se medita del hombre actual perdido en la peculiaridad de un jardín, o el mundo.

Presentamos otro estudio sobre Carpentier, otro gran novelista que revela ámbitos necesarios a la construcción del hombre americano y las posibles fuentes de inspiración del mundo europeo. Aquí vemos una interpretación sobre la obra de Ana C. Sánchez, que nos ha brindado un texto necesario como aporte a las letras hispanoamericanas.

*Gerardo César Hurtado Ortiz*  
Editor